

Amor en la  
ausencia

---



# AMOR EN LA AUSENCIA.

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

**ANGEL RODRIGUEZ CHAVES.**

ESTRENADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN MADRID EN EL TEATRO  
MARTIN LA NOCHE DEL 8 DE ABRIL DE 1871.

*A Manuel Elzaburn.*

*Chaves*

MADRID:

IMPRESA A CARGO DE J. J. DE LAS HERAS,  
calle de San Gregorio, núm. 5.

1873.



Á LA SEÑORA

**D.<sup>A</sup> CONCEPCION CHAVES DE RODRIGUEZ.**

---

*Madre mia: Si el maternal amor te ciega tanto que hasta disculpar mis errores literarios pretendes, á los que te digan que este mi primer ensayo dramático está mejor sentido que pensado, contéstales que, inspirándome en tu cariño le escribí, y cariño como el que tú mereces se siente más no se escribe.*

*Harto sé que conoces la idolatria con que te mira*

EL AUTOR.

*PERSONAJES.*

*ACTORES.*

---

SRA. MARIA. . . . .	Sra. Liron.
ROSARIO. . . . .	Cárceller.
JUAN . . . . .	Sr. Rodríguez (D. F.)
PEPE. . . . .	Rodríguez (D. A.)
PEDRO. . . . .	Calvo (D. José).

La acción se supone en una aldea de Castilla durante la guerra civil.

---

*Este drama, y todas las obras que publique la GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA HISPANO-LUSITANA, son de la exclusiva propiedad de D. Joaquín Guillermo de Lima, quien perseguirá ante la ley á quien las reimprima, traduzca ó represente sin su permiso, etc.*  
*Queda hecho el depósito que marca la ley.*

---

## ACTO ÚNICO.

*Sala baja en la casa de Pedro.—A la derecha puerta que comunica con las habitaciones interiores; á la izquierda ventana adornada con flores; al fondo otra puerta, que es la de entrada. Está abierta y por ella se ven árboles y algunas casas de la aldea.*

### ESCENA PRIMERA.

ROSARIO y PEDRO, cerca de la ventana.

*(En el momento de descorrerse el telon, una ronda de quintos pasa por la calle cantando:)*

Salid, niñas hermosas,  
á la ventana.  
y llorad por los quintos  
que ya se marchan.  
Llorad por todos,  
que á la guerra van muchos  
y vuelven pocos.

ROSARIO.

¿Oyes, Pedro?

PEDRO.

Sí, Rosario.

ROSARIO.

De espanto el alma me llenan  
los cantares de los mozos  
que á partir van á la guerra.

PEDRO.

¡Pobres quintos!

ROSARIO.

¡Pobres madres!

¿Quién á comprender acierta  
el valor de los sollozos  
que ahogar en su pecho intentan?  
¿Sabes lo que es una madre,  
Pedro, á quien su hijo se llevan?...



Si pienso que se me rompe  
el alma cuando recuerda  
las lágrimas de mi tía  
al irse Juan á la guerra!  
¿Lloras, Rosario?

PEDRO.  
ROSARIO.

Si lloro,  
que no tengo alma de piedra.  
Lloro, Pedro, y no me esplico  
si es de ventura ó de pena,  
que al ver que muchos se marchan  
y que á mi lado te quedas,  
temo insultar sin pensarlo  
con mi gozo su tristeza.

PEDRO.  
ROSARIO.

¿Tanto, Rosario, me quieres?  
¿Si te quiero?... ¡Buena es esa!  
¿No te lo dije ante el cura  
aun no hace un año en la iglesia?

PEDRO.  
ROSARIO.

¿Hace eso ya tanto tiempo?  
No es tu memoria muy buena,  
que repitiéndolo paso  
desde el alba hasta la queda.

PEDRO.  
ROSARIO.

¿De repetirlo te cansas?  
¡Cansarme!... ¡Cómo pudiera...?  
¿Se cansan los ruiñeños  
que el verde ramaje alberga,  
de entonar en dulces trinos  
sus enamoradas quejas?

PEDRO.  
ROSARIO.  
PEDRO.

Dame, bien mio, un abrazo.  
¿Uno no más?

ROSARIO.  
PEDRO.

(¡Oh, qué bella!)  
¡Cuán grande fue mi ventura!  
¿Y la mía fue pequeña?

ROSARIO.  
PEDRO.

¡Si en tí cifro yo mi dicha!  
¡Yo, Pedro, en tí la existencia!

PEDRO.  
ROSARIO.

¡Si te quiero con el alma!...  
Pedro... calla, que alguien llega.

## ESCENA II.

DICHOS.—SRA. MARÍA.

MARIA.  
PED. y ROS.  
MARIA.

Que Dios sea en esta casa.  
¡Tía!

Muy buenos los tengas.  
Ven, muchacha, á darme un beso.  
—Pedro, ¿por qué no te acercas?



Cuando estoy á vuestro lado  
toda el alma se me alegra.  
Siéntese usted aquí, tia.

ROSARIO.

MARIA.

PEDRO.

MARIA.

No, no.

¿Ya tiene impaciencia?

Sí, Rosario; sí, sobrino,  
mis pobres aves me esperan...

Ya no tengo más familia  
hasta que el pobre Juan vuelva.

Apenas el sol rayaba,  
salí para ir á la iglesia...

Cuando hay en la guerra un hijo  
no sabeis cuánto se reza!

Oí la Misa, he rezado,  
y doy á casa la vuelta;

mas antes vengo á traerte  
esta mata de verbena...

¡Le gustabas á Juan tanto  
cuando en tus hermosas trenzas  
te prendias un ramito!

—¿Mas te enojas?... ¡Buena es esa! (A Pedro.)

¡Celoso y enamorado!

ROSARIO.

MARIA.

PEDRO.

No, tia.

¿Ves?... la avergüenzas. (Id.)

¿Cómo no he de ser celoso  
con una mujer como ésta?

ROSARIO.

MARIA.

Estoy con V. enojada.

Dime al punto tu querella,  
y si es que remedio tiene,  
con remediarlo se enmienda.

ROSARIO.

MARIA.

Desde que murió mi madre  
(Dios en su gloria la tenga)

he sido para usted, tia,  
hija cariñosa y tierna.

Usted arrulló mi infancia,  
usted cuidó mis dolencias,

á usted cuanto soy le debo,  
y hoy que se halla sola y vieja,

porque me encuentro casada  
á vivir aquí se niega!

¿Por qué tal empeño, tia?

¿A qué tanta resistencia?

¿Desairará usted á Pedro,  
cuando Pedro se lo ruega?

PEDRO.

Esa obstinacion me ofende;  
qué ¿teme usted que no sea

MARIA.

bastante nuestro cariño?  
No es eso, Pedro.—¡Tontuela!  
¿Quieres que te diga ahora  
por qué con tanta insistencia  
me niego á dejar la casa  
que aquellos chopos sombrean?  
Pues escucha. Es por que he visto  
correr en ella risueñas  
de mi Juan la dulce infancia  
y la juventud inquieta.  
En ella mecí su cuna,  
enfermo le velé en ella,  
y testigo de sus besos,  
ausente me los recuerda.  
Cuando llorando recorro  
los ámbitos de su huerta,  
escuchar el eco pienso  
de su voz dulce y risueña.  
Aun parece que le miro  
perdersé en la bruma densa,  
mandándome á mí un suspiro,  
diciéndote una ternéza.  
¡Cuántas horas de ventura,  
y hoy cuántas horas de pena!  
¡Maldita quinta, maldita!  
¡Maldita su suerte adversa!  
¡Cuánta paz, cuánta ventura  
nos robó la bola negra!...  
¿Te acuerdas, Rosario mia,  
te acuerdas, dime, te acuerdas,  
cuando entre infantiles besos,  
lentos de dulce pureza,  
amor eterno os jurábais  
al pie de la cruz de piedra?  
¡Ay! amores infantiles  
son cual nube de tormenta!  
Cuanto partió le olvidaste...  
¡Tía!

ROSARIO.

MARIA.

¿Que te riño piensas?  
No, Rosario; ¡si lo mismo  
haria Juan cuando apenas  
de vista perdió las casas  
de esta miserable aldea!  
Teniendo, como Juan tiene,  
dos ojos como centellas,  
un tallo como una caña,

y con sus dos charreteras.  
quieres que fuera constante?  
¡Locura pensarlo fuera!  
¡Si habrá tenido más novias  
que pelos en la cabeza!...  
—Pero muchachos, desvarro  
hablando de mi Juan, ¡ea!  
pelillos al mar, que pronto  
estará el pobre de vuelta.  
¿Ha escrito?

PEDRO.

MARIA.

ROSARIO.

MARIA.

¡Cá!... ¡ni por pienso!  
Entonces ¿cómo le espera?  
Pues qué ¿quieres que de verle  
(Rompiendo á llorar.)

tambien la esperanza pierda?  
¿Temés quizá que una bala...?  
No temas nada, no temas;  
¡si atenta á mis oraciones  
la Virgen me lo conserva!

PEDRO.

ROSARIO.

MARIA.

(¡Quiera Dios que no se engañe!)  
(¡Dios haga que con bien vuelva!)  
Con que hasta más ver, muchachos,  
que mis gallinas me esperan.  
¡Adios, tia!

ROSARIO.

MARIA.

PEDRO.

MARIA.

Dame un beso.  
¡Vaya usted con Dios!  
Que á ésta  
me cuides bien, picaruelo.  
¡Adios, muchacho!—¡Adios, prenda!

### ESCENA III.

ROSARIO. — PEDRO.

PEDRO.

Rosario, en su dulce calma  
de Dios la mano se advierte;  
Él al mandarnos las penas  
fe nos da que nos sostiene.

ROSARIO.

¡Ay, Pedro! que es esa calma  
más que réal aparente,  
que risa tiene en los labios  
y llanto en el pecho tiene.

PEDRO.

ROSARIO.

¡Si es tan grande su esperanza!  
Es, Pedro, que no se atreve  
á confesarse á sí misma  
el dolor que su alma siente.

- PEDRO. La Virgen de ella se apiade.  
ROSARIO. ¡Ay! ¿Y si su Juan no vuelve?  
PEDRO. ¡Cállate por Dios, Rosario;  
cállate, que me estremeces!  
ROSARIO. ¡Hace tanto que no escribe!...  
¡son las guerras tan crueles!...  
y el ejército cristino  
sufre tan duros reveses...  
PEDRO. Cuando esa idea, Rosario,  
cruza por mi inquieta mente,  
á mi pesar en el pecho  
mi corazon desfallece.  
Juan es mi mejor amigo;  
nunca olvido cuántas veces  
tras los conejos corrimos  
esas montañas agrestes.  
Desde niños disfrutamos  
juntos los mismos placeres,  
juntos los mismos dolores  
lloramos adolescentes.  
Con lágrimas en los ojos  
le ví entre el polvo perderse  
cuando se marchó á la guerra  
arrastrado por su suerte.  
Mas hoy, siento confesarlo,  
en lucha conmigo siempre  
que vuelva Juan es mi anhelo,  
y su vuelta me estremece.  
ROSARIO. ¿Qué dices, Pedro? ¿Qué dices?...  
Quisiera no comprenderte.  
PEDRO. Si Juan fue tu amante un dia  
y por él lágrimas viertes,  
¿qué mucho, pues, que los celos  
en mi pecho se despierten?  
ROSARIO. ¿Celos tú?... ¡Necia quimera!  
Me ofendes, Pedro, me ofendes.  
(Breve pausa.)  
Lágrimas tristes derramo  
pensando que Juan no vuelve,  
que cual tú le amé de niña  
y le amé de adolescente.  
Como hermanos nos criamos,  
juntos los álamós verdes  
nos dieron su grata sombra;  
juntos robamos al césped  
morados y azules lirios,

blancos y rojos claveles.  
Juramentos infantiles  
y promesas inocentes  
hicieron de nuestra vida  
pasar los instantes breves.  
Pero Juan partió á la guerra,  
pequeño amor pronto muere!...  
en él olvidé al amante,  
mas lloro al hermano siempre.

PEDRO.

ROSARIO.

PEDRO.

ROSARIO.

¡Oh!... Perdóname, Rosario.  
Nadie así el perdón te niegue.  
¿Mi yerro olvidas?

Le olvido,  
mas mi amor tu labio selle.

PEDRO.

¿No ves que tambien suspiro  
pensando que Juan no vuelve?  
—Ahora, mi bien, un momento  
te dejo.

ROSARIO.

PEDRO.

¿Que salir tienes?  
Sí; solo algunos instantes.  
Los quintos hoy partir deben,  
en ellos amigos tengo,  
¿cómo quieres que los deje?

ROSARIO.

Razon es esa sobrada,  
no te detengas, no, vete;  
mas que te espero no olvides  
y de dar la vuelta acuérdate.

PEDRO.

ROSARIO.

¡Adios, Rosario! (¡Me adora!)  
¡Adios, pues! (¡Cuánto me quiere!)

#### ESCENA IV.

ROSARIO.

¡Oh! Cálmate, corazón,  
no lates apresurado!  
¡Soy tan feliz á su lado!...  
¡Es tan grande mi pasión!...  
Mas dime: ¿por qué razon,  
si tan dichoso te miras,  
sin saber por qué suspiras?  
¿Temes á Pedro perder?...  
¡Oh! no... Si no puede ser!...  
Vamos, corazón, deliras.

(Váse por la derecha.)



ESCENA V.

JUAN.—PEPE. (*De soldados licenciados.*)

JUAN.

Entra, Pepe, conmigo  
y el pecho ensancha.  
Ya estamos en mi aldea;  
esta es la casa  
de mi buen Pedro.  
Aquí algunos instantes  
descansaremos.  
A mi madre no quiero  
así de pronto  
abrazar, porque temo  
la mate el gozo.  
Tú con cautela  
irás á prevenirla  
que estoy de vuelta.

PEPE.  
JUAN!

Bien, Juan.  
Pero ese Pedro  
¿dónde se mete?

(*Se acerca á la ventana.*)

¿No es verdad que no hay aire  
más puro, Pepe,  
que el de esta vega?

¿No es verdad que su aroma  
el alma alegra?

—¿Ves entre aquellos chopos  
que el viento inclina,  
blanca como la nieve  
una casita?

Allí me aguardan  
los séres en que cifra  
su dicha el alma.

Allí tengo una madre  
vieja, muy vieja,  
que á Dios está pidiendo  
que con bien vuelva.

Allí hay un ángel...  
¡Su recuerdo mi escudo  
fue en los combates!

Las rosas y jazmines  
que en su ventana  
embalsaman el aire  
con su fragancia,

jamás se secan...  
¿No ves que con su llanto  
las riegan ellas?  
— ¡Mas se nubla tu frente! ..

PEPE.  
JUAN.

Perdona, Pepe;  
con mi gozo te mato.  
¡Qué feliz eres!  
¿Cómo no serlo,  
si al fin vuelvo á los brazos  
de las que quiero?

¡Bendiga Dios la bala  
que tan benigna  
me trajo mi licencia  
con esta herida!

PEPE.

Mi suerte negra  
me dió en vez de la muerte  
mi real licencia!

JUAN.

¡Oh! Pepe, no blasfemes,  
que Dios es bueno.  
Él te salvó la vida...

PEPE.

¿Para qué quiero,  
Juan la existencia,  
si ya no hay quien alegre  
sus horas negras?  
Tú tienes una madre  
cuyo cariño  
te dará la ventura  
que yo he perdido!  
A tí te aguarda  
la mujer que en tí cifra  
sus esperanzas!

¡Ay, Juan! Cuando yo torne  
á ver la casa  
en que pasó risueña  
mi alegre infancia,  
diré gimiendo:

— ¡Allí me dió mi madre  
su último beso!  
Y cuando entre los sauces  
de la alameda  
descubra la casita  
de mi morena,  
diré llorando:

— ¡El nido se conserva,  
mas voló el pájaro!  
Todo es para tí blanco,



- para mí negro;  
tú tienes cuanto anhelas,  
yo nada tengo.
- JUAN                    ¡Oh! Pepe, calla;  
¿qué no es para tu pecho  
mi amistad nada?  
Yo contigo he llorado;  
hemos corrido  
juntos de las batallas  
los mil peligros;  
y ahora... ¡Oh! me afrentas!  
dices que ya en el mundo  
nada te queda!
- PEPE.                    Sí, Juan, para mí has sido  
más que un hermano.  
Mas te dejo dichoso  
y á mi hogar parto.
- JUAN.                    Eso no, Pepe;  
¿presumes que tu hermano  
partir te deje?  
Aquí vas á quedarte;  
mi pobre casa  
no te dará riquezas...
- PEPE.                    Juan... ¡basta, basta!  
Me voy.
- JUAN.                    ¿Me dejas?  
¡Si no te queda nada,  
Pepe, en tu aldea!
- PEPE.                    ¿Que no?... Del cementerio  
en la espesura,  
de mi madre adorada  
está la tumba.  
Si yo no vuelvo,  
¿quién irá á verter flores  
al cementerio?
- JUAN.                    Vete, pues; mas escucha:  
Si llega un día  
que en dichas ó en pesares  
me necesitas,  
jamás olvides  
que como un niño lloro  
al despedirte.
- PEPE.                    ¡Juan! (*Abrazándose.*)
- JUAN.                    ¡Pepe!
- PEPE.                    Me olvidaba...  
Mas no se hable,

JUAN. voy al punto á tu casa,  
veré á tu madre...  
Con mucho tacto  
diles que estoy de vuelta  
y... Ven!

PEPE. No tardo.  
JUAN. Corre, que la impaciencia,  
Pepe, me mata.  
Ya sabes; es aquella  
casita blanca.

PEPE. Bien; adios!  
JUAN. Cuenta  
que el gozo no las mate.  
PEPE. Vendré con ellas. (*Váse.*)

### ESCENA VI.

JUAN.

Voy á ser feliz ¡Dios mio!  
y sin embargo, mi calma  
se turba, y dentro del alma  
siento un horrible vacío!...  
¡Mas qué necio desvario!...  
¡Oh! ¿Será un presentimiento?  
No; no, Juan, es el contento...  
Vas á volverlas á ver...  
¡Si hace más daño el placer  
á veces que el sentimiento!

### ESCENA VII.

JUAN. — ROSARIO.

ROSARIO. ¡Cielos!... ¡Juan!  
JUAN. ¡Rosario mia!  
ROSARIO. ¡Oh! ¡No son vanos antojos!  
JUAN. Llegó el suspirado dia;  
cese tu pena sombría,  
ya volví, luz de mis ojos!  
ROSARIO. ¡Juan!...  
JUAN. ¡Así! Ven á mis brazos.  
Tan feliz me miro ahora  
al verme en tan dulces lazos,  
que por no hacerse pedazos  
mi pobre corazon llora.

ROSARIO. —¡Cuánto te quiero, bien mio!  
JUAN. ¡Juan! ¡Juan!

Cese tu dolor,  
que se me antoja desvío;  
dí por calmar mi extravío  
que no olvidaste mi amor.  
ROSARIO. (¡Gran Dios!)

JUAN. Por mi desventura  
callado encuentro tu labio  
y muda tu boca pura...  
Habla, que fuera locura  
hacer á mi amor agravio.  
Dime que no has olvidado  
un instante mi pasión;  
dí que llorando ha esperado  
con amoroso cuidado  
mi vuelta tu corazón.  
Pero ¿qué es eso?... ¡Callada  
está tu boca, y la frente  
bajas, Rosario, turbada!...  
Habla, que ya acongojada  
no sé qué el alma presente.

ROSARIO. Juan, me desgarras el pecho!  
JUAN. Expícate, por favor!

ROSARIO. ¡Ay triste!...  
JUAN. Tengo derecho  
á preguntarte qué has hecho  
del tesoro de mi amor.

ROSARIO. ¡Por piedad!  
JUAN. ¿Aún callas?

ROSARIO. ¡Juan!

JUAN. Oyeme, por Dios, en calma.  
¿Calma pides á mi afán,  
cuando los celos me están  
haciendo trizas el alma?  
Habla ya, que mi venganza  
ha de ser cual tu traición.

ROSARIO. Pero...  
JUAN. Si con tu mudanza  
has robado la esperanza  
á este pobre corazón!

ROSARIO. ¡Calla, que me causas miedo!

JUAN. Comprender tanta vileza  
en una mujer no puedo.

ROSARIO. ¡Perdon!

JUAN. Jamás le concedo

ROSARIO. á quien manchó su pureza.  
¡Silencio, Juan! te lo mando;  
ya no ruego inútilmente.  
Estás mi honor mancillando,  
y yo te estoy escuchando  
cuando alzo pura la frente.

JUAN. ¡Rosario!... ¿Y yo presumí  
ver tu pureza empañada?...  
Locura es dudar de tí...  
Pero... dime: ¿cómo aquí  
te encuentras?

ROSARIO. Estoy casada.

JUAN. ¡Casada tú!... Calla impía;  
¿así has hollado la fe  
que me prometiste un día?  
Juego nuestro amor creía...

ROSARIO. ¿Cómo olvidarte podré?

JUAN. Como hermanos nos criamos  
juntos en amante juego,  
niños amor nos juramos,  
mas ¡ay Juan! nos separamos,  
y nuestro amor juzgué un juego.  
Llorándote me halló un día  
un hombre que con su amor  
quiso calmar mi agonía...  
entonces el alma mia  
comprendió lo que es amor.  
¿No has visto nunca las flores  
abrirse cuando el rocío  
besa su faz de colores?  
Pues lo mismo á los amores  
sentí abrirse el pecho mio.  
Hoy vuelves enamorado  
cuenta á pedir de tu amor...  
Perdona si te he olvidado,  
mas piensa que me he casado  
amante y que tengo honor.

JUAN. ¡Si tu amor era mi gloria!...  
Mas escúchame un momento,  
y Dios haga que mi historia  
no despierte en tu memoria  
el menor remordimiento.  
—Cual esas flores lozanas  
que en giro apacible y blando  
colgando de tus ventanas  
ornan sus hierros galanas

aroma y color brindando,  
á mi mirada serena  
así apareciste un día  
cual una blanca azucena.  
Eras tan pura, tan buena,  
que quién ¡ay! no te amaría?  
Huérfana, mi madre anciana  
te dió en su casa un asilo;  
me desperté una mañana  
hallando una dulce hermana  
en aquel hogar tranquilo!  
Partió mi madre el cariño  
de entonces entre los dos;  
tú eras niña, yo era niño,  
y blanco como el armiño  
nuestro amor le inspiró Dios!  
Juntos por esos oteros  
que pueblan los ruisseños,  
del sol los rayos primeros  
nos hallaron placenteros  
mil veces cogiendo flores.  
Mas ¡ay! un día mi sino  
se mostró conmigo airado;  
mi negro y cruel destino  
me hizo seguir el camino  
que marcó Dios al soldado.  
Partí!... Temblar por mi vida  
me hizo la guerra empeñada,  
mas en la lucha encendida  
tu recuerdo fue mi egida,  
y mi escudo tu mirada.  
Por eso en el campamento,  
cuando en mi negra fortuna  
fijo en tí mi pensamiento  
escuchaba el vago viento  
ó contemplaba la luna,  
pensaba estar escuchando  
una voz dentro de mí  
que decía en eco blando:  
«No temas, están rezando  
*ella* y tu madre por tí!»  
Así avaro de mi vida,  
de verte con impaciencia  
luchaba en la lid reñida,  
hasta que con esta herida  
pude lograr mi licencia.

Cual errante peregrino,  
en alas de mi deseo  
corrí anhelante el camino,  
mas es tan negro mi sino  
que al fin casada te veo.  
Si perdidos mis amores  
has roto mi corazón  
lo dicen ¡ay! mis dolores.  
¡Perdon!

ROSARIO.  
JUAN.

Rosario... No llores,  
te concedo mi perdón...  
que tanto te amé, mi gloria,  
que aun en tan triste momento  
le pido á Dios que mi historia  
no despierte en tu memoria  
ni el menor remordimiento!  
¡Juan!...

ROSARIO.  
JUAN.

¡Flor para mí siempre pura!  
¡Adios!

ROSARIO.  
JUAN.

¿Te vas?  
¡Adios! sí;

y Dios te de más ventura  
que la que mi estrella oscura  
quiso concederme á mí.  
¿Partes?

ROSARIO.  
JUAN.

Sí, Rosario mia,  
que si ante mí viera al hombre  
que me robó la alegría...

ROSARIO.  
JUAN.

¿Qué hicieras?  
Le mataría  
maldiciendo antes su nombre.

ROSARIO.  
JUAN.

¡Ay, Juan!... ¡Si le quiero tanto!  
¿No ves que celos me dan  
tus frases?

ROSARIO.  
JUAN.  
ROSARIO.

¡Me das espanto!  
¡Rosario!  
Mira mi llanto.

### ESCENA VIII.

DICHOS. — PEDRO.

PEDRO.  
JUAN y ROS.  
PEDRO.

¡Qué miro!... ¡Juan!  
¡Pedro!  
¡Juan!  
¿Qué ¿no me tiendes los brazos?



- JUAN. ¡No te los he de tender,  
cuando en ellos voy á hacer  
tu vil corazon pedazos?
- PEDRO. ¡Juan!... Loco te considero.
- ROSARIO. ¡Por piedad!
- JUAN. Llegué muy tarde;  
mas tu corazon cobarde  
pisar entre el lodo quiero!
- PEDRO. Aparta, Rosario, aparta!  
—Habla, Juan, que ya me ofendes;  
pronto, dime, ¿qué pretendes?  
Vé que mi paciencia es harta.
- JUAN. ¡Oh!... ¡Si me ahogára la ira  
á no impedirlo el dolor!  
¡Si me has robado su amor!  
¡Si aun me parece mentira!
- PEDRO. ¿Aun la adoras?
- JUAN. ¿Si la adoro?  
Ella es mi ilusion primera.  
¿Cómo el avaro pudiera  
dejar de amar su tesoro?
- PEDRO. ¡Ah! ¿Con que no era ilusion?
- ROSARIO. ¡Juan! ¡Juan!—¡Pedro! ¡Por los cielos!
- PEDRO. ¡Ha despertado los celos  
dentro de mi corazon!
- ROSARIO. Mirad que en tiempos mejores  
amigos fuisteis los dos!
- JUAN. Hoy entre ambos puso' Dios  
un abismo en tus amores.
- PEDRO. ¡Salgamos!
- JUAN. Sí, á terminar!
- ROSARIO. ¡Juan... si le adoro!
- PEDRO. En seguida!
- JUAN. ¡Oh! no temas por su vida; (A Rosario.)  
me voy á dejar matar!
- ROSARIO. ¡Pedro! Mira que te quiero  
con toda el alma!
- PEDRO. ¡Perjura!  
Tú has manchado mi honra pura,  
tú debes morir primero!
- ROSARIO. ¡Ah!
- JUAN. ¿Tú la infamas así?
- ROSARIO. Tu cariño fue mentido. (A Pedro)
- PEDRO. ¡Oh!
- ROSARIO. Si me hubieras querido  
¿cómo dudáras de mí?



- En vuestra loca pasion  
aun direis que me adorais...  
¡mentira! los dos tratais  
de rasgarme el corazon!
- JUAN. Oye un momento, por Dios! (*A Pedro.*)  
y no te impacientes.
- PEDRO. ¡Juan!
- JUAN. Sé que es ya igual el afan  
de reñir entre los dos;  
pero decirte antes quiero  
para templar tu amargura,  
que tu Rosario es tan pura  
como fue mi amor primero.  
(¡Oh! ¡Gracias, gracias, Dios mio!)
- PEDRO. ¡Pedro!
- ROSARIO. ¡Vamos!
- JUAN. (*A Rosario.*) ¡Quita! ¡quita!
- PEDRO. (*¡Maldita suerte! ¡maldita!*)  
Vamos, que morir ansio.
- JUAN. ¡Por ese Dios santo y bueno! (*A Juan y luchando por detenerlos.*)
- ROSARIO. Cese ya tu afan prolijo.
- JUAN. ¡Vamos!
- PEDRO. (*A Pedro.*) ¡Pedro! ¡Por el hijo  
que llevo tuyo en mi seno!
- ROSARIO. ¡Rosario! (*Abrazándola con efusion y completamente vencido.*)
- PEDRO. ¡Maldicion!
- JUAN. ¡Oh!
- ROSARIO. Juan, repara lo que dices.  
Si aquí todos sois felices;  
todos, todos menos yo!  
¿Jamás la dicha he de hallar?
- JUAN. También la puedes tener,  
que dichas tiene el placer  
inmenso de perdonar.
- ROSARIO. Rosario...
- JUAN. Ten compasion  
de su dolor.
- PEDRO. ¿Ves? Ya llora!
- ROSARIO. ¡Ay! sí. Parece que ahora  
se alivia mi corazon!
- JUAN. Llora, llora...
- ROSARIO. ¡Sufres tanto!
- PEDRO. El llanto las penas calma.
- ROSARIO. Los dolores de mi alma

no los alivia ni el llanto.  
—Todo ayer me sonreía,  
todo eran para mí flores,  
y hoy solo abrojos traidores  
encuentro en la senda mía.  
Cuando con planta insegura  
de aquí un día me alejé,  
á mi vuelta hallar pensé  
amor, amistad, ventura.  
Y hoy en mi dolor profundo,  
deshecha tanta ilusion,  
veo que á mi corazón  
nada le queda en el mundo.

ESCENA ULTIMA.

DICHÓS.—PEPE.—*Luego* SRA. MARIA.

PEPE. (*Desde la puerta del fondo contempla algunos instantes la escena sin ser visto. Despues avanza hasta Juan.*)

JUAN. ¡Pepe!

PEPE.

Sella el labio impío.  
¿Que no te queda ya nada?...  
¿Pues y eso? (*Señalando á la señora Maria, que entra.*)

JUAN.

MARIA.

¡Madre adorada!  
¡Hijo del alma! ¡Hijo mio!...  
¡Oh! Ven aquí, mi tesoro!  
—¿Veis que no mintió mi afan?  
—¡Ay, mi bien, cuánto te adoro!  
—¿No es verdad que un pino de oro  
parece mi pobre Juan?

JUAN.

MARIA.

¡Ay, madre!  
¿Por qué turbado  
bajas llorando los ojos?

JUAN.

MARIA.

¡Soy, madre, tan desdichado!  
Pues estando yo á tu lado,  
¿qué puede causarte enojos?

ROSARIO.

JUAN.

¡Tia!... ¡tia!  
Sufro tanto...  
que hallo alivio en mi dolor.

MARIA.

JUAN.

¿Qué motiva tal quebranto?  
Madre, no extrañeis mi llanto...  
¡era tan grande mi amor!

ROSARIO.

¡Ay!

- MARIA.                   ¿Y te olvidó inclemente?  
JUAN.                    Sí.  
MARIA.                   ¿Lo ves?... Mal que le cuadre  
                          á tu desdicha naciente,  
                          solo dura eternamente  
                          el cariño de una madre!  
PEPE.                    ¡Juan!  
JUAN.                    A tí en mi suerte artera  
                          me iguala la desventura!  
PEPE.                    Lo que dices considera.  
                          ¿Llorára yo por ventura  
                          si mi madre me viviera?  
MARIA.                   ¡Oh! ¡cuánto sufres, mi vida!  
JUAN.                    Sí, Pepe, tienes razon;  
                          el alma llevo partida...  
                          mas su amor la paz perdida  
                          volverá á mi corazon.  
                          —Dios sabe si os he querido;  
                                  (*Dirigiéndose á Pedro y á Rosario.*)  
                          amistad y amores pierdo,  
                          mas no me quedo ofendido...  
                          Siempre aquí tendré escondido  
                          vuestro amoroso recuerdo!  
ROSARIO.                ¡Juan!  
JUAN.                    ¡Adios, luz de mi fe.  
PEDRO.                 ¿Te vas?  
JUAN.                    ¡Para siempre adios!  
ROSARIO.                ¿Y dónde?  
JUAN.                    ¡Si no lo sé!...  
                          Mas un rincon hallaré  
                          donde quepamos los dos.  
PEDRO.                 Si nuestra amistad curar  
                          pudiera esa herida abierta... (*A Juan.*)  
JUAN.                    Dejad, dejadme marchar.  
PEDRO.                 No olvides que has de encontrar  
                          abierta siempre mi puerta. (*Tiende la mano á*  
                                  *Juan. Este la estrecha con efusion.*)  
JUAN.                    ¡Adios!  
MARIA.                 ¿Mas dónde, hijo mio,  
                          irás?  
JUAN.                    (*A su madre muy bajo y temiendo le oigan.*)  
                          Donde no la vea.  
PEPE.                    Juan... Del bosque en ei umbrío,  
                          allá en la orilla del rio,  
                          hay una olvidada aldea.  
                          Allí hay paz, calma, ventura,

frescos valles, verdes lomas,  
y escondido en la espesura  
un arroyo de agua pura  
en que beben las palomas.  
Allí una casa escondida  
tengo entre verde enramada;  
allí, en calma apetecida,  
dulce se pasa la vida  
ni envidiosa ni envidiada.  
Allí en un huerto risueño  
las flores se están secando  
porque ya no tienen dueño.  
Tu madre con grato empeño  
irá sus hojas regando...  
Venite, pese á tus rigores,  
y allí, cuádrete ó no cuadre,  
hallarán dueño mis flores,  
consuelo y paz tus dolores,  
y yo... una madre en tu madre!

MARIA.

PEPE.

JUAN.

MARIA.

¡Qué corazón tan hermoso!

¿Aceptas? (A Juan.)

¡Oh!

¡Si por Dios!

—Mirad si el cielo es piadoso...

me llevó un hijo amoroso

y ahora me devuelve dos!

Madre... (¡Pobre madre mía!)

Ved; todos, todos lloramos!

¡Hoy se templá mi agonía!

¡Adios! (A Pedro.)

(A Ros.) Por él reza.

PEPE.

MARIA.

PEPE.

JUAN.

MARIA.

ROSARIO.

JUAN.

¡Tía!

(A Ros.) ¡Adios para siempre!... Vamos.

(En este momento se vé, á través de los hierros de la ventana, á los quintos que cruzan la calle cantando la conocida copla:)

Es amor en la ausencia

como la sombra,

cuanto está más distante

más cuerpo toma.

Ausencia es aire

que apaga el fuego chico

y aviva el grande. (Cuadro.)

FIN DEL DRAMA.

POLIZI

N.

17293

